**Introducción al cristianismo**

1968 – Joseph Ratzinger – 2018

1. Biografía
2. La parábola de Kierkegaard
3. En sus opciones últimas todo hombre corre riesgos
4. El escándalo cristiano
5. Le fe como acceso inteligente (Is 7,9)
6. La estructura eclesial de la fe
7. La revelación de Dios junto a la zarza ardiente
8. El primado del Logos
9. La estructura de lo cristiano

**Introducción al cristianismo**

1968 – Joseph Ratzinger – 2018

1. Biografía
2. La parábola de Kierkegaard
3. En sus opciones últimas todo hombre corre riesgos
4. El escándalo cristiano
5. Le fe como acceso inteligente (Is 7,9)
6. La estructura eclesial de la fe
7. La revelación de Dios junto a la zarza ardiente
8. El primado del Logos
9. La estructura de lo cristiano

1. “Como hemos notado antes, el creyente no vive sin cuestionamientos, sino que siempre está amenazado por la caída en la nada. Pero los destinos de los hombres se entrelazan: tampoco el no-creyente vive dentro de una existencia cerrada en sí misma, ya que incluso a aquel que se comporta como positivista puro, a aquel que ha vencido la tentación e incitación de lo sobrenatural y que ahora vive en una conciencia inmediata, nunca lo abandonará la misteriosa inseguridad de si el positivismo realmente tiene la última palabra. Como el creyente se esfuerza siempre por no tragar el agua salada de la duda que el océano continuamente le lleva a la boca, así el no creyente duda siempre de su incredulidad, de la real totalidad del mundo en la que él cree. La separación de lo que él ha considerado y explicado como un todo, no le dejará tranquilo. Siempre le acuciará la pregunta de si la fe no es lo real. De la misma manera que el creyente se siente permanentemente amenazado por la incredulidad, que experimenta como una tentación constante, así también la fe siempre será tentación y una amenaza para el no-creyente y su mundo al parecer cerrado para siempre. En una palabra: nadie puede sustraerse al dilema del ser humano. Quien quiera escapar de la incertidumbre de la fe, caerá en la incertidumbre de la incredulidad, que no puede negar de manera definitiva que la fe sea la verdad. Sólo al rechazar la fe se da uno cuenta de que es irrechazable” (Ech 38-39).

2. “para el espíritu de generaciones pasadas el concepto «tradición» pudo ser un programa a seguir; parecía el lugar de refugio donde uno se podía cobijar; quien invocaba la tradición, se sentía seguro, a salvo. Hoy día las cosas han cambiado: la tradición es algo superado, algo pasado de moda, de ayer; el progreso, en cambio, es la auténtica promesa del ser. El ser humano ya no se afirma en la tradición, en el pasado, sino en el espacio del progreso y del futuro. A quien considera el futuro como su propio deber y posibilidad, la fe, presentada con la etiqueta de «tradición», le parecerá una cosa superada; la fe no podrá, por tanto, abrirle su lugar existencial. Esto quiere decir que el primer escándalo de la fe, la distancia entre lo visible y lo invisible, entre Dios y lo que no es Dios, se agudiza mediante un segundo escándalo, mediante la antítesis entre ayer y hoy, entre tradición y progreso, y por la vinculación con el pasado que parece suponer la fe (…) En cierto sentido aparece aquí una propiedad del escándalo *cristiano*, lo que podríamos llamar positivismo cristiano o el imprescindible carácter positivo del cristiano. Con esto quiero decir que la fe cristiana no trata simplemente, como a primera vista pudiera pensarse, de lo eterno que queda fuera del mundo y del tiempo humano como cosa totalmente distinta de ellos. La fe trata más bien de Dios en la historia, de Dios como hombre” (ECh 47-48).

3. “… para poner de relieve lo más característico, diría yo que el acontecimiento de la fe no pertenece a la relación saber-hacer, nota que designa la coyuntura espiritual del pensar factible; el acontecimiento de la fe se expresa mejor con la relación permanecer-comprender [*Stehen-Verstehen*] (…) voy a referirme a un texto bíblico intraducible sobre la fe. Lutero intentó expresar su profundo sentido con la frase «si no creéis, no permaneceréis»; literalmente podríamos traducir: «si no creéis (si no os afirmáis en Yahvé), no seréis firmes» (Is 7,9). Una única raíz, *‘mn* (amén) tiene multiplicidad de significados que se entremezclan y diferencian, formando la magnífica grandeza de esta frase. La raíz citada expresa la idea de verdad, solidez, firmeza, fundamento; y también la de confiar, fiarse, abandonarse a algo, creer. La fe es un sujetarse a Dios, en quien tiene el hombre un firme apoyo para toda su vida. La fe se describe, pues, como un agarrarse firmemente, como un permanecer en pie confiadamente sobre el suelo de la palabra de Dios.

La traducción griega del Antiguo Testamento, llamada de los Setenta, ha expresado muy bien el sentido de la frase mencionada desde el punto de vista tanto lingüístico como conceptual, al traducirla así: «si no creéis, no comprendéis». Se ha dicho muchas veces que en esta traducción obra ya el proceso de la helenización, que aquí comenzamos a apartarnos de lo bíblico original. La fe se intelectualiza: en vez de expresar la permanencia en el firme fundamento de la palabra fidedigna de Dios, al hablar de comprensión y entendimiento, se la ubica en un plano completamente distinto. En eso puede haber algo de verdad. Sin embargo, creo que con palabras diversas se ha conservado en líneas generales lo decisivo. El permanecer, que en hebreo especifica el contenido de la fe, tiene mucho que ver con el comprender (…) creer cristianamente significa comprender nuestra existencia como respuesta a la palabra, al logos que lleva y sostiene todo. Significa decir sí al sentido que nosotros no podemos hacer, pero sí recibir; al sentido que se nos da para que sólo tengamos que aceptarlo y fiarnos de él. Según eso, la fe cristiana es una opción en pro de que lo recibido precede al hacer (…)

La palabra «amén» expresa la idea de confiar, fidelidad, firmeza, firme fundamento, permanecer, verdad. Pues bien, la actitud cristiana expresada con esa palabra significa que aquello en lo que el hombre permanece y que puede ser para él inteligencia, sólo puede ser la verdad misma. Sólo la verdad que es fundamento adecuado de la permanencia del hombre. Por eso el acto de fe cristiana incluye esencialmente la convicción de que el fundamento que da sentido, el «logos» en el que nos mantenemos, en cuanto sentido también es verdad. El sentido que no fuese verdad no sería inteligencia. La inseparabilidad del sentido, del fundamento y de la verdad, expresada tanto en la palabra hebrea .amén. como en la griega «logos», supone toda una concepción del mundo. La inseparabilidad del sentido, del fundamento y de la verdad, expresada con palabras para nosotros inimitables, muestra la red de coordenadas en las que la fe cristiana considera el mundo y se coloca ante él” (ECh 61-69).

4. “Esto nos lleva a otra conclusión: el hombre posee la fe como símbolo, como parte separada e incompleta que sólo puede encontrar su unidad y totalidad en su unión con los demás. Únicamente en el *symballein*, en la unión con los demás es donde también puede realizarse el *symballein*, la unión con Dios. La fe exige la unidad, pide co-creyentes, está por esencia orientada a la Iglesia. La Iglesia no es una organización secundaria e inadecuada, y consiguientemente un mal menor, en el mejor de los casos; la Iglesia pertenece necesariamente a la fe cuyo sentido es la unión en la profesión y adoración comunes. Esta idea apunta también en otra dirección: la Iglesia, toda la Iglesia posee la fe como *symbolon*, como mitad partida que dice la verdad, en una permanente superación de sí misma, orientando hacia lo totalmente otro. La fe se acerca a Dios sólo por la perpetua fragmentación del símbolo, como permanente auto superación del hombre” (ECh 89).

5. “El traductor (griego: LXX) pudo animar la idea de que el espíritu griego y la fe de la Biblia engranaban perfectamente. El traductor construyó el puente que va desde el concepto bíblico de Dios al pensamiento griego, al traducir la frase del verso 14, «Yo soy el que soy» con esta otra: «Yo soy el que es». El nombre bíblico de Dios se identifica aquí con el concepto filosófico de Dios. El escándalo del nombre de Dios que a sí mismo se da un nombre, se disuelve en la amplitud del pensamiento ontológico: la fe se casa con la ontología. Para el pensamiento es un escándalo el hecho de que Dios tenga un nombre (…)

[Jn 17,6:] «He manifestado tu *nombre* a los hombres que de este mundo me has dado» [Jn 17,26:] «Y yo les di a conocer tu *nombre*, y se los haré conocer, para que el amor con que tú me has amado está en ellos y yo en ellos». Cristo es la misma zarza ardiente en la que se revela a los hombres el nombre de Dios. Pero como en el pensar del cuarto evangelio Jesús une en sí mismo y se aplica el «Yo soy» del Éxodo y de Isaías 43, resulta claro que *él mismo* es el nombre de Dios, es decir, la invocación de Dios. La idea del nombre entra aquí en un nuevo estadio decisivo. El nombre no es sólo una palabra, sino una persona: Jesús. Toda la cristología, es decir, la fe en Jesús, se convierte en una explicación del nombre de Dios y de todo lo enunciado en él” (ECh 109, 122)

6. “La fe cristiana significa ante todo una decisión en pro del primado del Logos frente a la pura materia. Decir «creo en Dios» es hacer una opción en pro de esta idea: el Logos, es decir, la inteligencia, la libertad y el amor existen no solo al final, sino también al principio; él es el poder que comprende todo ser y que da origen a todo ser. Con otras palabras: la fe significa una decisión que afirma que la inteligencia y el sentido no sólo son un derivado accidental del ser, sino que todo ser es producto de la idea; es más, en su estructura más íntima es inteligencia. Según esto, la fe significa, específicamente, decisión por la verdad, ya que para ella el ser mismo es verdad, comprensibilidad, sentido. Pero todo esto no como un producto secundario del ser que podría, sin embargo, carecer de significado decisivo y estructural para todo lo real (…)

Con más precisión, podemos afirmar que el antiguo discurso pitagórico sobre Dios que cultiva la geometría, expresa la estructura matemática del ser, concebido como ser-pensado, estructuralmente pensable. Expresa la idea de que la materia no es simplemente un absurdo que se sustrae al entendimiento, sino que también ella lleva en sí misma verdad y comprensibilidad que hacen posible la comprensión conceptual. Tal intuición ha ganado en nuestro tiempo extraordinaria importancia merced a la investigación sobre la constitución matemática de la materia, de su imaginación matemática y de su utilidad (…) En realidad todo nuestro pensar es pos-pensar aquello que ha sido prepensado. Nuestro pensar sólo puede intentar realizar pobremente el ser-pensado que son las cosas y encontrar la verdad en él (ECh 140-141).

ECh = J. Ratzinger, *Einführung in das Christentum*, Münche, Kösel, 2005.